

LOS VERDES AÑOS

NEMESIO ANTÚNEZ

2.— Para pinchar había que patinar

Aburridísimo pasaba Nemesio Antúnez Zañartu sus horas en el gimnasio de los Padres Franceses. Casi todo se reducía a subir y bajar brazos, estirarlos y encogerlos. "Una gimnasia abstracta". Muy concretas eran, en cambio, sus alegrías en el "Salón de patinar" que un empresario había instalado por los años 20 en la calle Riquelme, junto al barrio más aristocrático de entonces.

De madera eran el piso y la base de los patines. Las ruedas sonaban demasiado. Pero para esos años, lo más parecido al cielo podía ser el salón de patinar. Sin vigilancia paterna, a los 15 ó 16 años, los "jóvenes bien", como se decía, empezaban a revolotear allí. Patinando del brazo o de la mano, en un torbellino que no permitía juegos ni piruetas, sí roces y miradas.

Fiebre de sábado por la mañana.

Fiebres bajas, según Antúnez.

—Era muy raro saber de alguna niña conocida que tuviera amores de mujer adulta con su pololo. Eran relaciones en general bastante inocentes. Podíamos alargar un beso o cosas así. No más. A los 15 años ya pololeábamos, pero no eran amoríos, flirts, o "atraques", como se decía después. Uno sentía el compromiso. Si iba a una fiesta o a la matiné, estaba siempre con su niña. Ir a mayores con ella era algo que yo no supe que ocurría en los grupos que yo frecuentaba. Aunque algo debió pasar alguna vez, supongo.

Tiempo más tarde viajó a los Estados Unidos para obtener en la Universidad de Columbia un master en Arquitectura. Eran los años 40, y se sorprendió al descubrir que "las relaciones sexuales entre los jóvenes eran frías, cotidianas y con quien tocara".

Fuera del salón de patinar y de la matiné, la Alameda santiaguina se había convertido en un buen lugar para que lolos y lolas se conocieran. Una Alameda hartó provinciana y unos lolos rarísimos. A los 18 años, Nemesio Antúnez ya usaba terno azul a rayas y sombrero calañé de fieltro gris, el cual sacaba de su cabeza ceremoniosamente para saludar a sus amigas colegialas del Instituto Inglés o del Jean d'Arc.

El domingo se iba a misa al San Ignacio —recuerda— y de ahí al "carrete" de la Alameda, al café Torres o por los pastelones centrales, de tierra y árboles, por donde se paseaban docientos o trescientos jóvenes "conocidos". Para saludarse o hablar, el requisito era ser presentado. Ni los más audaces se atrevían a abordar a las niñas, porque la sanción social era fuerte.

Terminado el paseo, cada uno caminaba a su casa con amigos o tomaba los carros que cruzaban la ciudad en muchas direcciones. Andar en auto no se veía como propio de los jóvenes y poco común entre los adultos. El tranvía —como el Metro en 1992— se podía llenar de caballeros y seño-



Una foto de humorada para el matrimonio de su hermano con toda la familia, impecablemente vestido. Los acompaña Roberto Matta.



Tres generaciones de Antúnez: en la foto Nemesio junto a su hijo y su padre.



Desde joven, el pintor pasó largas temporadas en el extranjero. Uno de sus primeros pasaportes es éste, de 1942.

ras de aspecto solemne. O de dueñas de casa muy aristocráticas, pero de vida sobria, que acarreaban bolsos, hijos y sirvientas hasta el mercado.

—Yo nunca aprendí a manejar y tuve auto bastante viejón —dice Antúnez—. Siempre ha manejado mi mujer, que es más joven.

No todo era paz, sin embargo. Por los años 30, él vivía en la calle Londres, en un área que fuera parte del convento de San Francisco. Muchos caballeros con los riñones bien forrados en billetes construyeron allí sus casas: Fernando Agüero, Raúl Besa, Manuel Blanco, los Tagle Shiell, los Bresciani, el almirante Von Schroeder.

En esa calle le tocó a Antúnez presenciar incidentes entre manifestantes contrarios al coronel Ibáñez y lan-



Nemesio, actual director del Museo de Bellas Artes, junto a una escultura de Rebeca Matte que se ubica en ese recinto.



Nemesio junto a sus obras en el taller Bellavista. La foto es de 1957. Después se trasladaría a Guardia Vieja.

ceros a caballo. Al menos una vez vio a un lancero atravesar a un hombre frente a su casa.

Papá Antúnez, repuesto de la quiebra y de la pobreza, ya no necesitaba vivir en Providencia... y se fue al Centro. Tenía no sólo la más grande oficina de propiedades, sino una secreta ambición: que su hijo siguiera sus pasos en el negocio. Era poco más que un niño y ya lo hacía figurar en los diccionarios biográficos como alumno de estudios "superiores de Arquitectura en la Universidad Católica" y como colaborador "en la oficina comercial de su señor padre" (1937). Le encantaba verlo de calañé de fieltro gris, o *chevalier* de paja y con ternos de casimir a rayas que él le mandaba a hacer periódicamente.

—Cuando dije que quería ser pintor, mi madre lloró por semanas, como si yo me hubiera muerto. Mi padre me quitó la ayuda para estudiar en el extranjero, y me decía que lo que yo quería hacer era dedicarme a la bohemia. Entonces se imaginaban

al bohemio con una copa de licor en la mano, una mujer semidesnuda en la falda y otras alrededor, esperando su turno... Ser artista a tiempo completo era una especie de corrupción. "Pinta los domingos", proponía mi papá. Yo lo decepcioné. Era un joven arquitecto socialmente relacionado y tenía buen gusto. Esperaba otra cosa de mí.

Aprovechando el paseo diario por Ahumada, el joven Antúnez iba a las exposiciones de la Sala del Banco de Chile y trataba de enterarse de lo que hacía el Instituto de Extensión de Artes Plásticas, rector del arte nacional desde su sede de Miraflores.

Pero él era todavía un principiante. Por otra parte, siempre sería mantenido un poco lejos del arte oficial, por venir de Arquitectura y no de la Escuela de Bellas Artes. Entró al "gremio" a través de su taller de grabado, que instaló en calle Guardia Vieja 99 en 1956, y luego como director de museos.

(MAÑANA: Se "viñareaba" largo en Recreo.)